

El Panorama universal

AÑO IV.

DOMINGO 13 DE ABRIL DE 1862.

NÚM. 127.

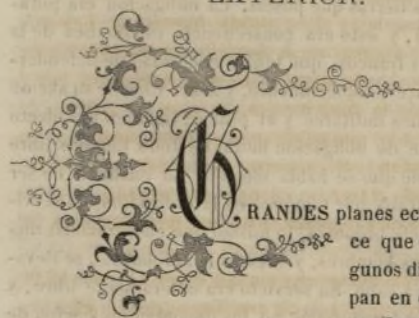
Con arreglo á la ley de propiedad literaria y convenios existentes, queda prohibida la reproduccion de los grabados y la traduccion de los artículos de este periódico.

SUMARIO. Grabados.—Retrato de M. Ratazzi, Presidente del Consejo de Ministros en Turin.—Alcázar de Segovia.—Sala llamada de los Reyes de dicho Alcázar.—Detalle de ornamento de la sala de las Piñas del mismo.—Vista del desfiladero y vado de Rio-frio en el camino de Veracruz á Méjico.

Texto. Crónica de la semana: exterior é interior.—Buques de coraza.—Ejércitos en los tiempos antiguos.—Alcázar de Segovia.—Juramentos, pruebas y combates judiciales.—El volcan de Taal.—Imperio annamita.—Poesía.—Suelto.—Novela.

CRONICA DE LA SEMANA.

EXTERIOR.



GRANDES planes económicos parece que desde hace algunos días ocupan en el vecino Imperio la atención tan asiduamente consagrada á sucesos políticos. Las personas que alhagando sus belicosos instintos se creían próximos á oír el estampido del cañon hasta en los mas remotos ángulos del universo, se desesperan al leer en el *Moniteur* un decreto imperial que hace una reduccion de 52,000 hombres en el Ejército activo. Los regimientos 101 y 102 de línea quedan licenciados, y 2,200 caballos del Ejército pasarán, por medio de venta, al dominio del público. Estas solas medidas, se espera que han de producir una economía de mas de 30 millones, y es muy probable que irán acompañadas de otras todavía de mayor importancia.

Mientras esto sucede en Francia, se agitan en el parlamento inglés cuestiones en sentido contrario como para quitar á la triste humanidad la esperanza de entregarse de lleno á las dulzuras de la paz. Vuelve á resonar en la Cámara de los Comunes el nombre de Sir Villiam Armstrong y sus terribles bocas de fuego, y al ver la fácil victoria que la fragata de coraza el *Monitor* ha conseguido sobre la de igual clase el *Merrimac* en las aguas de los Estados-Unidos, hay Diputado que gustosamente sacrificaría su mobiliario para ver armados como el *Monitor* todos los buques de la Gran-Bretaña.

Interrogado el Secretario de la Guerra por lo tocante á cuál es el mayor calibre del cañon fabricado segun el sistema Armstrong para el Gobierno, y sobre si aquel poderoso ingenio de guerra presenta ó no peligro de estallar, contestó en estos términos:

«El cañon Armstrong de 110 libras, es el de ma-

yor calibre que se ha introducido hasta el presente en el servicio, y un gran número de ellos ha sido colocado en los buques y en las baterías de S. M., tanto en Inglaterra como en las colonias.

Por lo que toca á los experimentos ya verificados, puede decirse que un cañon de 120 libras, rayado segun el sistema Armstrong ha lanzado una bala de 140 con una carga de 20 libras de pólvora. Los ensayos hechos con este cañon han dado muy satisfactorios resultados.

Un cañon rayado de 300 libras acerca del cual se están haciendo ahora mismo experimentos preliminares, ha lanzado el proyectil con una fuerza esférica á beneficio de una carga de 40 libras de pólvora »



Retrato de M. Ratazzi, Presidente del Consejo de Ministros en Turin. (Véase pág. 119.)

El Director general de artillería ha presentado un proyecto de cañones capaces de lanzar proyectiles de 300 libras ó de 600 siendo rayados.

Además de esos cañones hay en via de construccion una pieza de 120 libras con arreglo al sistema de Whitworth, y otra de 200.

Tratábase segun parece en Turin de la creacion de 16 nuevos regimientos y del viaje que á fines del presente el Rey pensaba hacer á Nápoles acompañado de los Sres. Ratazzi y Pepoli.

Larga deberá ser la permanencia de los buques ingleses anclados en la bahía de Nápoles si se juzga por el hecho de haber su Almirante alquilado una casa de campo.

La sublevacion de los presos de la cárcel llamada de la Vicaria, dicen de la misma ciudad, produjo un pánico en el barrio donde se halla situada. La tropa y los guardias nacionales tuvieron que intervenir enérgicamente.

Segun noticias de Atenas, la insurreccion de Santorina y Naxos quedaba completamente reprimida.

El paisanaje de la Acarniana, al S. del Epiro, ha hecho prisionero un destacamento de tropas insurreccionadas y las ha conducido al campamento real.

Se han hecho demostraciones de insurreccion en Ciparissi, Calamatta y Navarino.

Se han cerrado las Cámaras despues de haber votado un crédito extraordinario de un millon de dracmas que el Gobierno empleará para sofocar la insurreccion. Segun parece, los sublevados se resistian á rendir las armas mientras no se diese entera amplitud á la amnistía.

La batalla de Vinchester, segun las últimas noticias de Nueva-York, costó grandes pérdidas á vencidos y á vencedores. Los confederados abandonaron en su precipitada retirada todos sus trenes y bagajes.

Las últimas correspondencias de Cochinchina que han llegado á nuestro poder, contienen interesantes, pero todavía poco detalladas noticias, sobre las brillantes operaciones que han tenido lugar para arrojar completamente al enemigo fuera de los límites de la baja Cochinchina, despues de haberle batido y dispersado, causándole numerosas pérdidas, apoderándose las fuerzas franco-españolas de todos sus al-

macenas, de viveres y de gran cantidad de armas de todas clases. El Coronel Palanca mandó constantemente la columna de vanguardia, que fué la única que tuvo ocasiones notables de cambiar sus balas con las del enemigo. La tropa española, reducida al insignificante número de 160 hombres, tuvo cinco heridos, de los cuales á uno se le amputó el brazo derecho: de las tropas francesas que formaban parte de la vanguardia solo hubo que lamentar la herida de un lancero, que al salir el correo inspiraba graves cuidados, y un zapador herido de hacha: las demás columnas no tuvieron mas pérdidas que algunas muertes ocasionadas por la fatiga y el calor. El Coronel Palanca se libró de milagro, pues en la acción ocurrida en Long-Kien, el 19 de enero, recibió un balazo en la silla del caballo, que le llevó la grupa. Esperamos mas detalles para el próximo correo.

INTERIOR.

Una de las mas perentorias medidas que el General Lorencez tomó al llegar á Veracruz el 6 del próximo pasado, fué el que los refuerzos que se esperaban no se detuvieran en aquella ciudad y pasaran de largo á ocupar su puesto en Orizaba.

Sin embargo, el estado sanitario de Veracruz seguía siendo satisfactorio, y segun personas inteligentes nada por entonces hacia temer una prematura aparición de la fiebre.

Confirmando un periódico extranjero las simpatías que desde un principio se aseguró existir á favor de la expedición por parte de las personas que han conseguido mantener ileso su buen criterio en medio del tumulto de aquella anarquía, reproduce el artículo 8.º de un decreto publicado por el Gobierno interino de Juanajato, que literalmente dice así:

«Todo individuo que de palabra ó por escrito divulgue noticias favorables á la intervención, será expulsado inmediatamente del Estado, si es extranjero, y no siéndolo, se le destinará al servicio de las armas. Si el crimen hubiese sido por medio de la prensa, el culpable será pasado por las armas tan luego como se haya identificado su persona.»

¿Qué hay, pues, de admirable, sigue diciendo, en que bajo el imperio de tales leyes mantengan ocultos en lo íntimo del pecho sus buenos deseos los partidarios de la intervención?

Pero es indudable que la totalidad abriga secretamente esas ideas, y que tarde ó temprano harán explosión á despecho de todas las represiones. Entonces será celebrada de sabia y de admirablemente previsora la conducta del que no ha querido abusar del hierro y el fuego confiados á su mano.

En *La Correspondencia* leemos lo siguiente:

«*La Discusion* dice que Francia sostiene la necesidad de seguir en América una política distinta á la planteada por el General Prim. Nosotros ignoramos qué política quiere seguir la Francia; pero sabemos que ésta, y la España y la Inglaterra están acordes en cumplir lo estipulado en el tratado de Londres. Senda que no ha abandonado un instante nuestro Gobierno, y que le hace marchar con paso firme en tan delicada cuestión.»

El mismo periódico dice no ser cierto el que se hubiesen hecho multitud de gestiones cerca del Sr. Castro para que no apoyase su proposición sobre los asuntos de Méjico, como afirmaba *La Iberia*. El Gobierno, concluye diciendo, no ha entrado en este asunto ni seguirá á las oposiciones al terreno á donde estas le llaman, por altas consideraciones políticas. Aceptando el penoso deber impuesto en muchas ocasiones á los hombres públicos, se halla resuelto á sufrir en silencio los ataques de sus enemigos antes de comprometer con extemporáneas esplicaciones los intereses de la patria.

F. M.

LOS BUQUES DE CORAZA.

El *Times* publica el siguiente artículo acerca de la interesante cuestión de que en estos momentos preocupa la atención de todos los hombres de mar.

«Nuestros lectores están enterados de lo que puede decirse en pró y en contra de los buques de guerra el *Warrior* y el *Defence*. Por nuestra parte nada tenemos que decir, sino que no podemos consentir se pierda el tiempo en disputas y experimentos, cuando vemos que en tres meses puede

construirse un buque capaz de dar frente á nuestras mas hermosas escuadras. ¿De qué servirían los nueve navíos de línea, cinco corbetas y 15 goletas que componen nuestra escuadra del Mediterráneo, si un par de naves de cúpula pudiese destruirlas una en pos de otra?

¿No debemos ya considerar un buque de madera como una cosa nula, como si no fuera tal buque, y reemplazar nuestras escuadras por algunas naves con coraza de hierro?

No nos hagamos ilusiones. Nuestros hermosos navíos de línea y nuestras elegantes fragatas de hélice, no valen mucho mas que nuestros antiguos buques de vela. De nada servirían contra una batería de coraza. Preciso es borrar aquellos buques de los cuadros efectivos si deseamos evitar la ruina y el desastre; necesario es que concentremos todos nuestros esfuerzos en una nueva clase de buques.

No hay razon para que esto nos cueste un grande esfuerzo de energía y de dinero. Estamos construyendo constantemente buques y tenemos presupuestos indefinidos para ese objeto; pues nunca ha intervenido en su asignación espíritu alguno de mezquindad. Nunca nos hemos preocupado sino de que el trabajo y los capitales destinados para ese objeto fuesen bien empleados.

Afortunadamente el desarrollo del nuevo sistema propende á economías mas bien que á gastos extraordinarios. La invención del Capitan Coles cuesta menos que una fragata blindada de hierro, y el *Monitor*, si pudiera adquirir mejores condiciones marítimas, creemos que sería menos costoso que una nave de cúpula ó de coraza.

No vamos de mal á peor en el sistema que nos proponemos, por mas que abrigamos dudas de que el buque de M. Ericsson lleve todas las condiciones de un navío de guerra inglés.

De todas maneras queda resuelta por nosotros, y á espensas de otro, la principal cuestión. El almirantazgo ha entrado ya en la buena senda. Lord C. Paget nos ha anunciado que hemos dejado ya de construir navíos de línea para emplearnos esclusivamente en fragatas blindadas de hierro. Demos un paso mas y podemos contarnos en seguridad.

Mientras se da cabo á esas formidables cuestiones marítimas, aplíquense nuestras autoridades esmeradamente á poner coraza y armar los numerosos buques que se prestan á esa mejora.

El *Merrimac* no es mas que un buque transformado, y nosotros podemos tener una multitud de *Merrimacs* en muy poco tiempo.

Para convencernos no necesitamos mas que fijar la atención en que una nave forrada de hierro, por incapaz que sea, puede luchar con toda una escuadra de buques de madera.»

Hasta aquí el *Times*.

Séanos ahora lícito, en vista del laudable patriotismo que revela ese ilustrado periódico, hacer una ligera observación que acaso esplanaremos en otro número.

Superior á los buques de coraza, superior á cuantos ingenios de destrucción ha lanzado el hombre sobre los mares, se ha presentado hace poco tiempo en nuestra patria un proyecto de aquellos que indudablemente producirían una radical revolución en el mundo marítimo, y por algun tiempo daría el predominio del mar á la nación que consiguiera ponerlo en planta.

Escusado es decir que hablamos del *Íctineo de Monturiol*, que segun los ensayos practicados puede, sin exageración, asegurarse pertenecer al orden de los sucesos realizables, y corresponder plenamente a los afanes de su ilustrado autor.

¿Qué es de ese proyecto?

¿Será tan poca su importancia que merezca relegarse al olvido?

¿Serán inexactos los informes científicos á que han dado lugar los ensayos?

Al hacer estas preguntas nos parece repetir las que probablemente harían los curiosos para informarse del resultado de las conferencias de Colon en Salamanca.

F. M.

EJÉRCITOS EN LOS TIEMPOS ANTIGUOS.

(Continuación.)

Tan oscuros y sumamente escasos son los datos que acerca de la organización de las tropas cartaginesas nos han

legado los historiadores, que solo á fuerza de aventuradas conjeturas podría llegar á hacerse alguna inducción.

Respecto de las hordas de bárbaros que la Providencia lanzó sobre el Capitolio desde las heladas regiones australes, desde luego se infiere que su organización ofreció muy poco que estudiar, ni dejó tampoco entre las ruinas otros documentos que los del ciego furor con que llevó á cabo su terrible misión.

Discordante conjunto de pueblos congregados por la fatal necesidad, manejados por el látigo de hierro de sus caudillos, eran como diversos raudales que partiendo de distintos puntos de la pendiente, venían á confundirse en un común álveo para arrasarse en una noche de terror la llanura, y desaparecer para siempre en la inmensidad de un cenagoso Océano.

Mal podían dejar consignados detalles de su historia los que sin conciencia propia consumaban los hechos.

Seguiremos, pues, desarrollando nuestro cuadro desde donde se nos permita proceder con alguna claridad, y desde donde el humo del incendio no nos robe de la vista los principales objetos.

Partiremos desde la época en que bajo las banderas de Clotario I, Rey de Francia, empezó el ejército franco á componerse de masas designadas por el nombre de las provincias que las habían suministrado.

En tiempo de los Reyes francos el ejército se reunía todos los años en un principio durante el mes de marzo y posteriormente en mayo. En esa asamblea resolvían los jefes los asuntos de paz ó de guerra; sometíanse á deliberación los planes de campaña, y se discutían todas las cuestiones militares. Los hombres libres, á quienes pertenecía el derecho de llevar armas, se reunían bajo las órdenes de ciertos oficiales llamados *centuriarios*, y del conde, jefe del ejército provincial.

En un principio, dice M. Guizot, se imponía el servicio militar á todo hombre en razon de franco ó compañero, y no en razon de las tierras que poseía. La obligación era puramente personal, y esto era consecuencia espontánea de la situación de los francos, que tenían necesidad de defenderse en su reciente establecimiento, y sobre todo de su afición á las expediciones militares y al pillaje; tambien era efecto de una especie de obligación moral de todo hombre libre respecto del jefe que se había elegido. La cualidad de ser propietario entraba por tampoco en la obligación del servicio, que cada jefe proponía, lo mismo que en Germania, una expedición á sus hombres, y si estos la aprobaban, se llevaba únicamente á cabo. Su servicio era enteramente libre, y sus propiedades territoriales no les imponían obligación de ir á empresas militares á despecho de su voluntad. Había ocasiones en que los mismos guerreros proponían á su jefe que los condujera á una expedición, amenazándole abandonarlos si no lo verificaba. «Si no quieres ir á Borgoña con tus hermanos, decían los francos á Teodorico, te dejaremos y marcharemos allá con ellos.» En otra ocasión queriendo los francos marchar contra los sajones que pedían la paz, Clotario I les dijo: «No os obstineis en hacer esa guerra porque ha de ser vuestra perdición; si quereis ir, yo no os seguiré.» Irritados contra el Rey al oír esto los guerreros, se arrojaron contra él, hicieron pedazos su tienda, le abrumaron de injurias, y resolvieron matarlo si se rehusaba á partir con ellos. Clotario tuvo que acompañarlos á su despecho.

En ninguno de esos hechos aparece seguramente vestigio alguno de obligación impuesta en razon de la propiedad territorial. Sin embargo, se ve aparecer gradualmente en aquellas asambleas militares una especie de obligación legal sancionada por una pena contra los que no asistían á ellas. En ciertas ocasiones llegaba á imponerse esa pena, aun cuando no hubiese necesidad ninguna de acudir á la defensa del territorio.

Pueden citarse en apoyo de lo que vamos diciendo los dos hechos siguientes.

Al regresar una expedición de Gontran contra Gondobaldo, los jueces, dice Gregorio de Tours, condenaron á los que habían dejado de tomar parte en la expedición. El Conde de Bourges envió sus servidores á que despojasen á los habitantes de los terrenos de la iglesia de San Martín, que se hallaban en aquel caso. Mas el agente de aquella iglesia empezó á resistirle vigorosamente diciéndoles: «Estos hombres pertenecen á San Martín, y no debeis hacerles daño alguno,

pues no acostumbran tomar parte en semejantes expediciones. Los otros replicaron: «Nada hay de comun entre nosotros y ese San Martin que en todos tus negocios sacas vanamente á relucir: tú y ellos debeis pagar una multa porque no habeis obedecido las órdenes del Rey.» Solo en tiempo de Carlomagno, sigue diciendo M. Guizot, es cuando empieza claramente á verse la obligacion del servicio militar impuesta á todos los hombres libres, propietarios de feudos ó beneficios, y arreglada en proporcion de sus propiedades territoriales.

Esta obligacion se fué convirtiendo, no ya en el resultado de un consentimiento libre y especial, ni en la simple relacion de un compañero á su jefe, sino en un verdadero servicio público impuesto á todos los ciudadanos en razon de la naturaleza y estension de su propiedad territorial. Todo poseedor de tres hogares (*manzus*) ó mas, estaba obligado á presentarse personalmente. Los poseedores de uno ó dos hogares se reunian para equipar uno de ellos á su costa; de manera que tres hogares representaban indispensablemente un guerrero. Finalmente, hasta los mismos proletarios que no poseian tierras sino solamente muebles de valor de cinco *solidi*, estaban obligados á reunirse de seis en seis para equipar y poner en disposicion de marcha á uno de ellos.

Carlomagno cuidó muy severamente de que se realizara ese sistema de reclutamiento fundado en la propiedad. En una capitular en forma de instruccion espedita en 812, se arreglan todos los detalles para su ejecucion.

No solo todos los terrenos alodiales sino hasta las mismas propiedades eclesiásticas se hallaban sometidas á esta carga. En 805 prohibió á los Obispos y á los Abades ir personalmente á la guerra á la cabeza de sus vasallos como anteriormente lo hacian; pero les impuso la obligacion de enviarlos bien armados y á las órdenes de jefes que el Emperador se reservaba imponerles. Como un monumento de las ideas de aquel tiempo, hay que observar que los eclesiásticos se creyeron ofendidos en su dignidad por esta prohibicion de tomar personalmente parte en el servicio militar, y Carlomagno se vió obligado á dar esplicaciones y á manifestar que nada mas se habia propuesto que dejar bien establecido el decoro. De allí á poco hubo muchas abadías que pidieron y obtuvieron exencion del servicio militar para sus hombres ó siervos. Esta exencion fué poco á poco estendiéndose hasta el reinado de Carlos, el Calvo, en que se decretó ser únicamente esclusiva en el hecho de invasion extranjera. En tal caso todos los hombres libres estaban obligados á servir bajo la denominacion de *landwehr*.

Hé aqui algunos pormenores por lo tocante á esa época.

«Hemos decretado, dice, una capitular de Carlomagno, que, segun antigua costumbre se publique el orden y modo de entrar en campaña. Cada cual en su provincia debe abastecerse de viveres para tres meses, y de armas y ropa para seis. Los que vendrán de los bordes del Rin á las márgenes del Loira, principián á contar los tres meses desde el dia en que llegarán á estas; los que habitan en el otro lado del Rin y tienen que ir á Sajonia, podrán proveerse de viveres entre Loira y el Elba, y los que moran mas allá de Loira y tienen que ir á España, podrán racionarse entre aquel rio y los Pirineos.»

Otra capitular se espresa así: «Tenga el Conde cuidado de que no falten armas á los soldados que ha de llevar al combate; esto es, que todos tengan una lanza, un escudo, un arco y dos cuerdas, doce flechas, coraza y casco.»

Del siguiente pasaje puede inferirse el orden en que marchaba un Ejército mandado por aquel Soberano:

Ogger, señor franco, y Didier, Rey de los lombardos, habiéndose encerrado en Pavia, se subieron á la torre mas alta de la ciudad para ver llegar de lejos el Emperador franco que venia á sitiarnos. Por de pronto vieron máquinas de guerra en no menos número que las que habrian necesitado los Ejércitos de Darío y de César..... luego vieron una inmensa tropa de simples soldados reunidos de todos los puntos de nuestro vasto imperio..... En seguida apareció el cuerpo de guardias que no conocen reposo....., y despues los Obispos, los Abades, los Clérigos de la capilla Real y los Condes..... Tras de estos apareció el mismo Emperador.

S. C.

ALCAZAR DE SEGOVIA.

Al dar con oportunidad noticia á nuestros suscritores de la pérdida que la riqueza monumental de nuestra patria acababa de sufrir el 7 del próximo pasado por la voracidad de las llamas sobre el *Alcázar de Segovia*, ofrecimos ocuparnos con alguna detencion de tan lamentable suceso.

No ignorábamos que la ilustracion de nuestros colegas dejaria muy poco que hacer á nuestra solicitud en cuanto á ofrecer detalles que engrandecieran la memoria de aquel suntuoso edificio. Así ha sido en efecto; nada hay que desear sobre el particular despues de las descripciones llenas de erudicion; despues de las vistas notables por su delicada ejecucion, (si bien algo faltas de exactitud) que del Alcázar se han publicado desde que hicimos aquella promesa.

Podriamos considerarnos, por consiguiente, como relevados del cumplimiento de una palabra que toca ya en lo inoportuno si á cumplirla no nos movieran impulsos del dulce afecto que conservamos al edificio que vió pasar los primeros años de nuestra vida.

Procuraremos, pues, no abusar: seremos parcos, como si habláramos de cosa propia. Nos remitimos, por lo tocante al exterior del edificio, á la vista que presentamos en este número, y penetrando en su recinto por el puente levadizo sobre un foso abierto á pico en la roca, de 25,654 metros de profundidad, 57,677 id. de longitud, y 22,176 id. de anchura: por el mismo puente, atravesando la galeria llamada árabe, el parque y el foso, nos encontraremos en el patio, obra de D. Juan Mora, aventajado discípulo del inmortal Herrera. Forma este patio un cuadrilongo compuesto de 25 arcos sostenidos por pilares, todo de piedra berroqueña, y por su sencilla elegancia y solidez corresponde íntimamente al carácter dominante del edificio. A la izquierda de este patio se halla el pabellon que era del Oficial de guardia y otros departamentos; á su frente se eleva la escalera principal y la entrada al segundo patio.

Dirigiéndonos por la galeria de la derecha llegaremos en su centro á una antesala que hacia veces de armería, y á la que por consiguiente servian de decoracion (tan esmerado buen gusto en su arreglo) las armas y correa de los caballeros Cadetes.

Dejando las puertas laterales que conducen á los salones que fueron de recibimiento y de billar, penetraremos marchando de frente en la sala denominada de la *Galera*.

Modelos de máquinas, proyectos de fortificaciones se hallan distribuidos sobre las mesas que existia en este recinto; pero quién hubiera podido fijar la atencion en ellas distraiéndola del indecible encanto que indispensablemente tenia que inspirarle la sorprendente decoracion de este recinto? La vista vagaba atónita: el oro parecia perder su brillo al lado de los intrincados arabescos de las cornisas, y estos quedaban, al parecer, eclipsados al ponerse en paralelo de las labores del artesonado. Habriase dicho que era un todo sin detalles, una hermosura elemental. Como para materializar la ilusion que en realidad parecia obra de un sueño, se veian suspendidos los retratos de los Directores é Inspectores del arma, y el de uno de los dos héroes (D. Pedro Velarde) que despertaron á la patria con su saño-nazo del 2 de mayo: el de su digno compañero D. Luis Daoiz no figuraba en este apoteosis por no haberse podido encontrar. Denominábase esta sala de la *Galera*, porque su techo ofrecia cierta semejanza con el interior de una nave; de la armoniosa confusion de sus admirables adornos entresacó el ingenio del Coronel D. Joaquín Góngora las dos siguientes inscripciones: *Adoramus te Domine J. C. et benedicimus tibi, etc. Esta obra la mandó faser la muy esclarecida Senora rreyna Dona Catalina, tutora rregidora Madre del muy alto e muy noble esclarecido Sennor rrey Don Juan que Dios mantenga e deze bevir e reinar por muchos tienpos e buenos amen. E fícolo faser por mandado de la dicha Senora rreyna, Diego Fernandes, vecero de Arebalo vasallo del dicho Sennor rrey, acabose esta dicha obra en el anno del nascimiento de nuestro Senor Jhun Xpo. de mill qtrocientos e doce anos. En el nombre del Padre e del Hijo e del Espu Santo amen. Senor Jhun Xpo lo protesto de ante de la vra santissima Magestad que en esta día e por sienpre jamas yo quero bevir e morir en la vra Santa fe Catolica, amen. Reparolo el rrey Don Felipe 2 ano 1592.*

La sala del Trono, á la derecha de la que acabamos de describir, parece decorada para establecer competencia entre los siglos xv y xix, ó sea entre el reinado de Enrique IV, en que se labró el espléndido artesonado del pabellon y los arabescos de las paredes, y el de Isabel II, en que se labraron los preciosos siales que sirven de trono á SS. MM. para recibir corte.

Por las paredes de esta sala, de una de cuyas ventanas se cayó el Infante D. Pedro, hijo de D. Enrique II, se extendia la siguiente inscripcion:

Esta quadra mandó faser el muy alto e muy poderoso ilustre Senor el Rey Don Enrrique el quarto. La qual se acabó de obrar en el anno del nascimiento de ntro. Senor Jhu Xpo de mill e quatrocientos e cincuenta e seis anos, estando el Señor Rey en la Gerra de los Moros quando ganó á Ximena: la qual obra fizo por su mandado Francisco de Abila, mayordomo de la obra seyendo Alcayde Pedro de Muncharas criado del Rey, la qual obra ordenó e obró Maestro Xadel Alcalde.

Volviendo á atravesar la sala de la *Galera* se pasa á la que daban nombre las *Piñas* que formaban su precioso artesonado, y de la cual damos un detalle grabado.

En las paredes se leia esta inscripcion:

Esta Cámara mando faser el muy alto e muy poderoso ilustre Senor el Principe Don Enrrique fillo primogenito heredero del muy alto e muy poderoso esclarecido Principe Rey e Señor el Rey D. Jhan de Castilla e de Leon el Segundo. La qual se acabó de obrar en el mes de noviembre del anno del nuestro Señor Jehu Xpo de mill e CCCCL e II annos.

Entre las innumerables piñas que decoraban el artesonado de esta sala no habia dos que ofrecieran notable semejanza.

Daba esta cámara paso á la denominada de los *Reyes*, sin duda por las estatuas que contenia, y que fueron allí colocadas por D. Alfonso el Sábido. En ella se hallaba actualmente la biblioteca del Colegio, compuesta de unos 11,000 volúmenes.

La sala inmediata á esta y última de las habitaciones régias, recibia nombre de un *Cordon* á manera de los que usaban los frailes de San Francisco que la rodeaba en toda su estension, y que se cree puesto en memoria de haber caído en ella un rayo en tiempo del Rey D. Alfonso el Sábido. Las paredes ostentaban la siguiente inscripcion:

Esta obra mando faser el muy alto e muy poderoso esclarecido Sennor rrey don Enrrique Carto, al qual Dios todo poderoso deze bevir o rregnar por muchos tienpos e buenos La qual se acabó de obrar en el ano del nascimiento de nuestro Señor Jesucristo de mill e quatrocientos e cincuenta e ocho anos. La qual fizo por su mandado Francisco Arias, rregidor de Segovia su Mayordomo de las dichas obras e seyendo su Alcayde de los Alcazares Pero rruys de Muncharas camarero de su Senoria.

Daba esta sala paso al patio del Reloj, donde estaba la Capilla, de reducidas dimensiones pero muy elegante. Sus paredes estaban colgadas de damasco, y su altar ostentaba un magnífico cuadro de Vicente Carducho, cuyo asunto era la adoracion de los Santos Reyes. Mucho podria decirse en elogio del servicio de plata destinado al altar, así como de los ornamentos que servian para el mismo sagrado objeto. Todas las demás dependencias del establecimiento, inclusa la magnífica escalera del arquitecto Mora, el espacioso comedor, gimnasio, escuela de equitacion, sitios de recreo, etc., revelaban así la esplendidez é inteligencia que presidieron en su construccion, como el celoso esmero con que desde tiempos muy antiguos venia conservándose esta preciosa joya monumental.

Nos reservamos para los números próximos una breve reseña de los sucesos históricos de que ha sido teatro este edificio, que por su buen estado de conservacion no reconocia rival en el mundo.

F. M.

JURAMENTOS, PRUEBAS Y COMBATES JUDICIALES.

Dos clases de juramentos estaban en práctica entre los antiguos griegos: si para atestiguar la verdad se invocaba un Dios, el juramento se llamaba sagrado; si se aducía el testi-

monio de los seres humanos ó de criaturas inanimadas, el juramento participaba de esa misma condición y era considerado como de segunda clase.

El primero de estos juramentos solía ir acompañado de cierta pompa religiosa, á propósito para impresionar la imaginación, dando una idea de las terribles consecuencias á que se esponía el que se atreviera á cometer una violación ó atestiguar en falso el poder de la Divinidad. En Siracusa, el que iba á prestar juramento entraba en un lóbrego y misterioso recinto del templo de Ceres y Proserpina: los sacerdotes echaban sobre sus hombros el manto de púrpura de la Diosá, y agitando en su mano una antorcha, re-

petía en voz clara las terribles imprecaciones, cuya fórmula le dictaban.

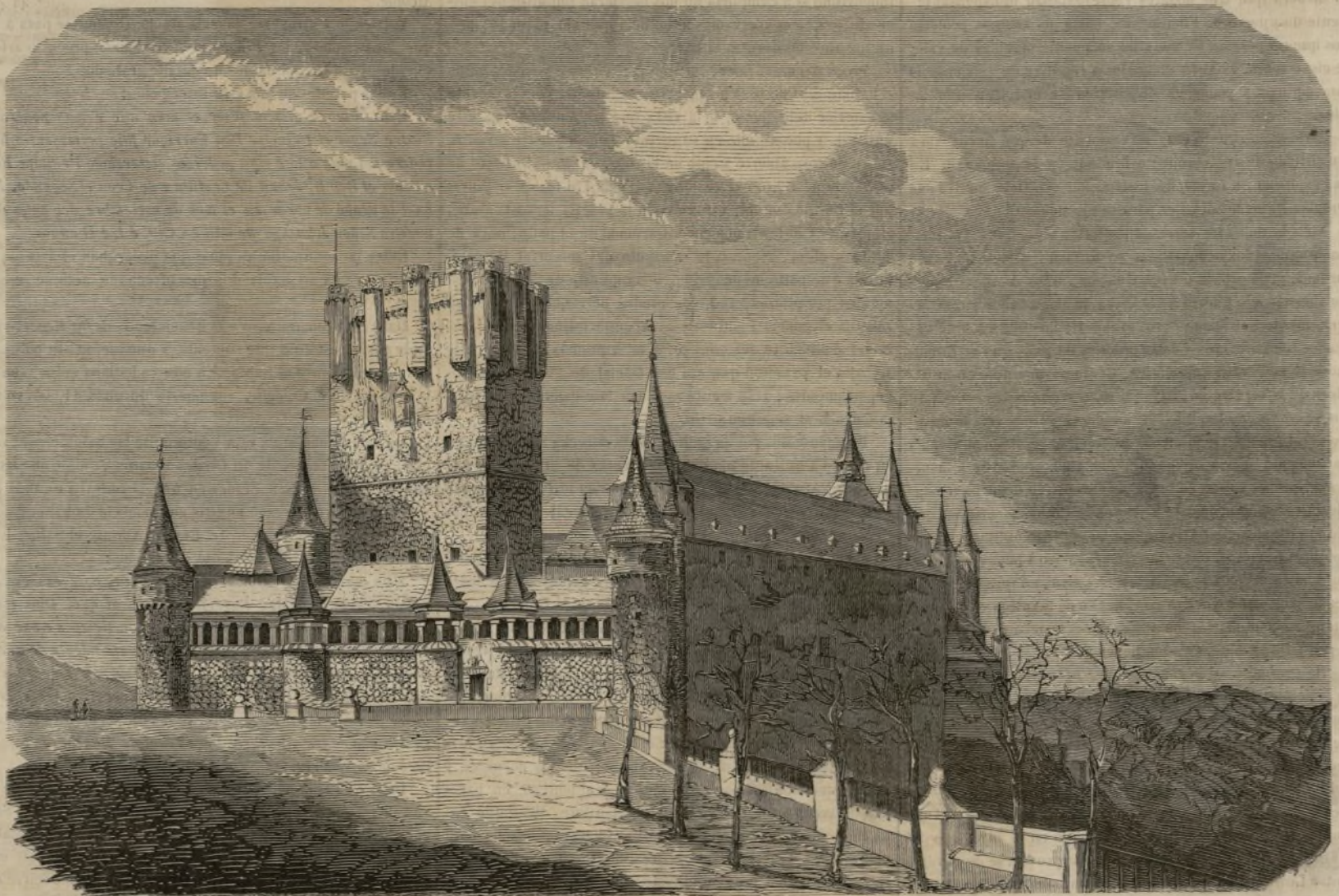
Los espartanos juraban por Cástor y Polux; los atenienses, por Isis; los tebanos, por Osiris; los romanos, por Hércules; y así cada cual por aquella divinidad que era mas acatada en su patria, ó mas tutelar en la profesion del que la invocaba.

Las mujeres se abstendian de jurar por Hércules, porque tampoco le ofrecian sacrificios, y los hombres no invocaban á Cástor.

Este deseo de dar el hombre toda la posible energía á su flaca palabra, y autorizar sus hechos por la intervencion de

una divinidad, se halla repetido en todos los pueblos, y parece ser natural consecuencia de su fé religiosa ó de su absoluta falta de creencias, si afrontando su poder se atrevia á establecer la mentira.

Sin embargo, el juramento estaba por lo general muy distante de presentar ese terrible carácter de espion. ¿Qué pena podia temer el que pretendia sancionar su perjurio con el nombre de un animal, de una piedra ó de un instrumento de su profesion? El labrador juraba por su arado, el marino por la furia del viento, el guerrero por su espada. ¿No juraban los jonios por una col? Y aquel pueblo *tan dichoso*, segun Juvenal, *que le nacieran los dioses en el huer-*



Alcázar de Segovia. (Véase pág. 115.)

to (1), ¿qué podia temer de invocar en vano el nombre de un vegetal?

Lo que admira, ciertamente, es ver en cierto modo repetida esa estúpida manía, á todas luces hija de la superstición gentilica en plena edad media, por los caballeros que, sin embargo de preciarse de muy cristianos, juraban por el alcon, por el cisne, por el pavo, cuando no por otros objetos todavia menos inocentes, y en cuya sola invocación se comedia, tal vez, desacato al pudor. Algunos de esos juramentos han llegado á tener cierta celebridad en la historia, y han dado margen á trascendentales resultados.

Raras ceremonias acompañaban en lo antiguo la supuesta solemnidad del juramento: vamos á mencionar dos de las mas célebres.

Los habitantes de la Fócida, viéndose obligados á aban-

donar su ciudad, quisieron mancomunar su suerte por medio de una solemnidad de religioso carácter: montaron en sus naves, y agitando al viento teas, y envueltos en el humo de las víctimas, pronunciaron á coro las mas horribles imprecaciones contra el primero que violando el pacto reciproco se atreviera á volver á la ciudad. Luego arrojaron al mar una enorme masa de hierro candente, jurando no regresar á la patria hasta que el metal subiera por su propia virtud á flor de agua.

No hay que olvidarse de que este pueblo (los focenses) se distinguió casi entre todos los de la antigüedad por la vehemencia de su fanatismo supersticioso, como se deduce del siguiente hecho.

Después de haber sostenido con valor la guerra por espacio de diez años, huyeron cobardemente del campo de batalla por haberse presentado sus enemigos coronados de laurel, que como árbol consagrado á Apolo, les recordaba las tropelías que en un arrebatado de furor habían cometido

en las inmediaciones del templo de esa divinidad. Filipo, que era el que se había valido de aquella estratagemá, los redujo á la obediencia, y les impuso pesado yugo.

El otro ejemplo de solemne juramento es el que Aristides exigió de los pueblos griegos para estrechar alianza con los atenienses. También en esta ocasión sirvió el hierro candente para atestiguar la sinceridad del juramento; pero al arrojarlo al mar como en el caso anterior, se pronunciaron horribles imprecaciones, deseando que la vida del miserable que faltase á la sinceridad de la alianza, se consumiera y apagara como aquel hierro en el fondo de los mares.

Entre los pueblos de raza germánica, cuando reclamaba una mujer el donativo que su marido solía hacerle al día siguiente de sus bodas, se daba entero crédito á su demanda si juraba por su seno, segun la ley de los alemanes; por sus dos mamas ó sus dos trenzas, segun el derecho de Augsburgo.

Un frison no era creído sino cuando juraba poniendo la

(1) *Felices populi quibus dii nascuntur in hortis* (Juv. Sat. VI.) Alude á la cebolla que los egipcios adoraban como divinidad.

mano sobre el cabello. La barba ha representado igual carácter de sinceridad en muchas ocasiones, y como tal figura á cada paso en las leyendas y actas del tiempo de Carlomagno. Alguna vez el que autorizaba un escrito mezclaba para mayor solemnidad pelos de su barba con la cera que servía de sello.

Entre los francos, al tratarse de asuntos de alguna importancia, tenían que reunirse varias personas, que con la denominación de *conjuradores* autorizaban con juramento las declaraciones del acusado y del acusador. En las crónicas se encuentran repetidos ejemplos de esta costumbre, siendo uno de los mas notables el que ofreció la Reina Fredegunda para disipar la acusación hecha por Gontran sobre que el niño Clotario no era realmente hijo de Chilperico. La Reina madre estableció la validez de su origen con el juramento de tres Obispos y 300 Próceres del reino. Gontran tuvo que darse por convencido.

De semejantes reuniones de juradores nacían con frecuencia sangrientas disputas.

Cierta mujer, segun nos refiere Gregorio de Tours, fué acusada de vivir demasiado desviada de su marido para acercarse á otro hombre. Los padres del marido fueron á ver al de la acusada, y le dijeron: «Haz que tu hija observe mejor conducta, ó de lo contrario se le dará muerte, á fin de que su conducta no mancille el honor de nuestra raza.» El padre contestó: «Sé que mi hija se conduce como debe, y que eso que me contáis no pasa de ser una habladuría de hombres perversos. Sin embargo, para poner freno á la calumnia estoy pronto á jurar que es inocente.»

En efecto, el día prefijado se hallaron los acusadores y el padre de la mujer ante la tumba del mártir San Dionisio, y allí pronunció el juramento. No se dieron por satisfechos los parientes del marido; antes bien, gritando ¡perjurio! acometieron espada en mano á los que como testigos del padre defendían á la mujer, y se armó en el mismo templo una rúcia pelea que manchó de sangre la tumba del santo mártir. Las familias de la acusada y de los acusadores eran de las mas distinguidas que había en la corte del Rey Chilperico, y el sacrilego escándalo alcanzó una funesta celebridad... De allí á pocos días la mujer fué delatada ante los tribunales, que en vista de sus indagaciones, la consideraron criminal y la entregaron al verdugo...

En el siglo XVI todavía se encontraban en Alemania algunos vestigios de esa especie de *conjuradores*.

Se acostumbra en Alemania, dice un autor de aquella época, el que en todas las reuniones que se celebran para oír los descargos de una persona acusada, se presente ésta

acompañada de cuantos parientes, amigos ó criados puede reunir, para que enterándose del asunto emitan su propia opinión. Estos acompañantes contraen, en el mero hecho de serlo, compromiso de defender al acusado, no solo en el

El juramento de los niños, admitido por la ley Gombeta, fué prohibido por el canon 43 del Concilio de Francfort-sur-Mein el 794.

Curiosas son las prescripciones que por lo relativo á juramentos tuvo á bien hacer el Concilio de Bergamstede (año 696) en Inglaterra.

«La palabra del Obispo ó del Rey, dice en uno de sus cánones, tiene fuerza de juramento. Los Abades acusados é interrogados judicialmente, prestarán como los sacerdotes y diáconos juramento ante el altar en estos propios términos: «Digo la verdad en nombre de Jesucristo, y no miento.» Los demás clérigos se presentarán acompañados de cuatro personas, y pronunciarán el juramento con la frente inclinada, una mano puesta sobre el altar y la otra levantada. Los extranjeros jurarán solos y puestos ante el altar. Los paganos se presentarán acompañados de cuatro personas, y harán su juramento en su presencia y con la frente inclinada ante el altar. Si alguno acusa á un esclavo de la Iglesia, su dueño podrá purgarlo del delito por medio de un solo juramento, si el esclavo

hubiese recibido ya la Eucaristía; pero si aun no la hubiese recibido, tendrá que dar fianzas y someterse á la pena de azotes.

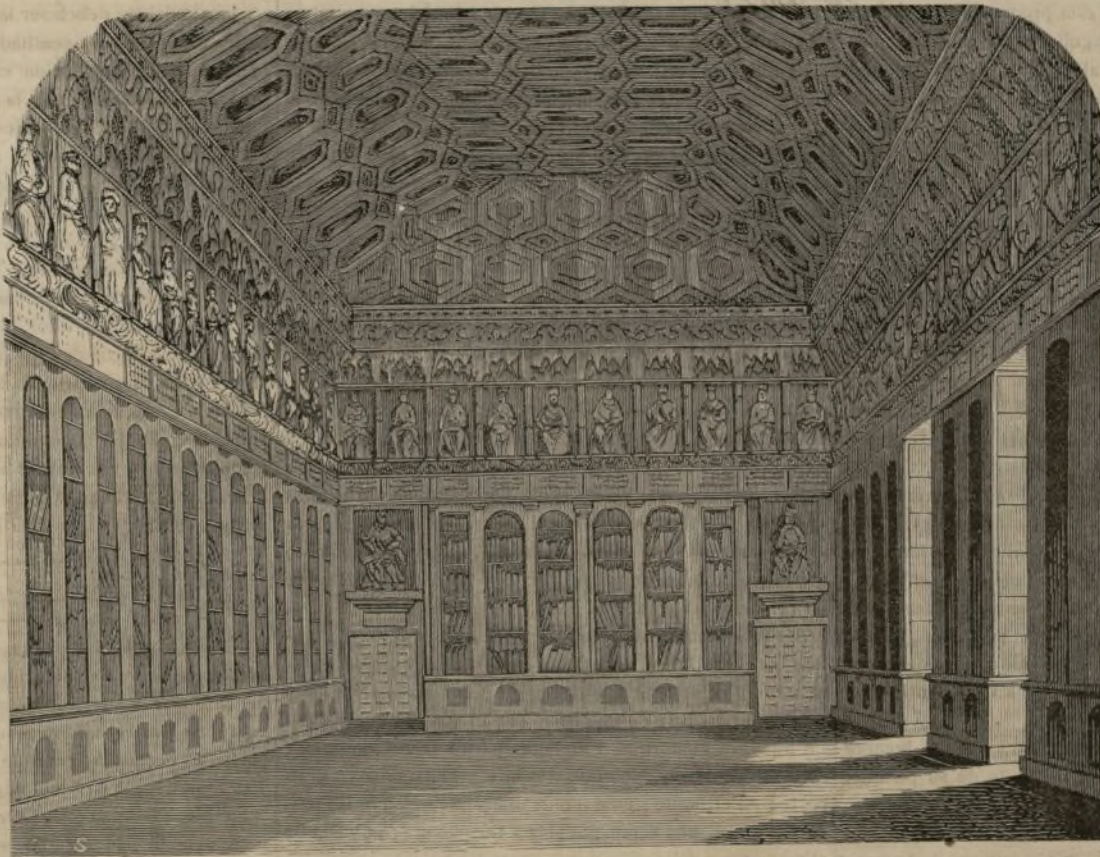
(Se continuará.)

EL VOLCAN DE TAAL.

(Ilustración filipina.)

Pocos espectáculos hay en este mundo que prueben mas evidentemente la pequeñez del hombre y la grandeza del Criador, como esas terribles manifestaciones de la naturaleza, en que esta despliega y como que hace alarde de las fuerzas colosales que estraña, poniendo en juego sus elementos, unas veces aislados y otras combinados entre sí. Grandísimos esfuerzos ha hecho el hombre para contrarrestar y resguardarse de estas formidables manifestaciones; pero ¡cuán mezquinos resultados ha obtenido! Contaba, no obstante, para ello con elementos grandiosos arrancados á fuerza de industria y de paciencia á la naturaleza misma; armaba gigantescos buques de hierro movidos por la potencia

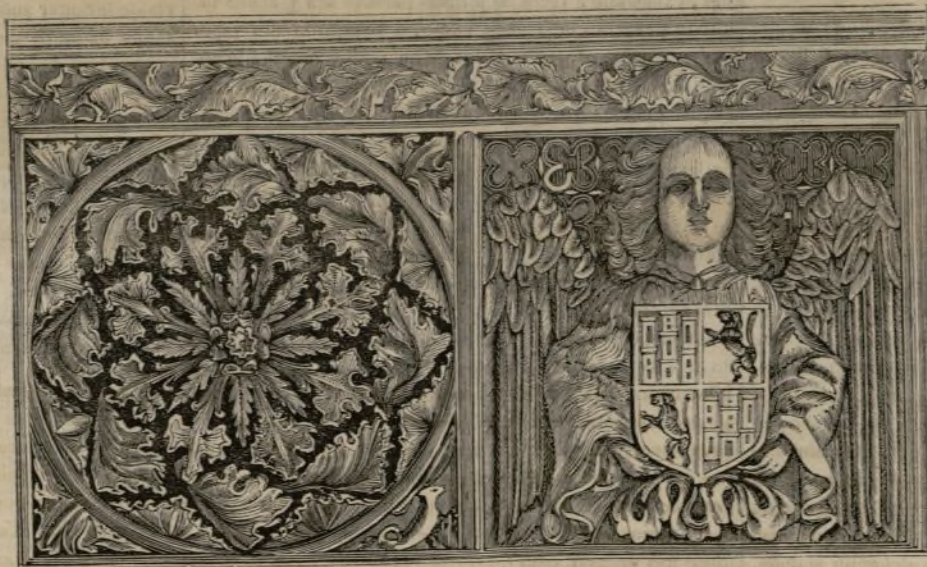
del vapor, para domar la inconstancia y bravura de los mares que tantas víctimas humanas han devorado y devoran día por día; levantaba diques asombrosos para contener las violentas invasiones del agua sobre la tierra; edificaba sólidas y soberbias construcciones; unas, para guarecerse de la furia de los huracanes, y otras, como las pirámides de Egipto, para no ver absorbidas sus campiñas



Sala llamada de los Reyes en el Alcázar de Segovia.

terreno de la ley, sino hasta en el de las armas, en el caso de tener que recurrir á ellas para confirmar la verdad, ó ver atropellados los derechos de la justicia.

La falta de *conjuradores* solía suplirse con el número de altares sobre que el acusado tenía que jurar su inocencia.



Detalle de ornamentación de la sala de las Piñas en el Alcázar de Segovia.

Por fin hubo el Concilio de Valence (año 855), que se ocupó del escandaloso abuso que tan sacrilegamente se hacía de la fé pública, y espidió un canon (el 11) en que se decía: «Queda abolido el abuso introducido en los tribunales seculares de hacer prestar juramento á las dos partes contendientes, pues no es posible que una de las dos deje de cometer perjurio.»

por el mar candescente de las arenas del desierto; pero una triste experiencia demuestra al hombre diariamente, que, á pesar de sus heroicos esfuerzos, es muy débil para luchar contra la naturaleza, aun cuando tome de ella misma el escudo y las armas de combate. Si nos fuese dado mirar desde aquella region sublime, en donde viven eternamente felices los escogidos del Señor, esas obras titánicas que arrebatan nuestra admiración; esos productos de la ciencia y del arte de que tanto nos enorgullecemos; esas conquistas del saber que alucinan de tal modo á ciertos hombres que han llegado á creerse Dioses ó poco menos contemplando la obra de sus manos, se nos figuraría indudablemente ver á un niño muy afanoso y muy satisfecho de sí mismo pretendiendo oponer á un torrente desbordado un diminuto dique de movediza arena.

Nos sugiere estas reflexiones la presencia de un volcan, esa imponente manifestación de la naturaleza, contra la cual nada ha intentado seriamente el hombre hasta ahora, porque desde luego ha reconocido su impotencia para domar tan terrible fenómeno. Cuando sentimos temblar la tierra bajo nuestros pies como una frágil barquilla movida por las ondas del Océano; cuando vemos bambolearse los edificios mas vastos y mas sólidos cual una leve pluma columpiada por el viento; cuando nuestros ojos atónitos contemplan la hoguera inmensa de un volcan lanzando de su seno masas prodigiosas de granito y torrentes devastadores de lavas y de fuego; cuando vemos abrirse la tierra en mil bocas descomunales para absorber por ellas pueblos numerosos y ciudades opulentas.... el hombre civilizado y el hombre salvaje, conociendo entonces su pequeñez, doblan la rodilla é invocan á aquel á quien es dado únicamente dominar el cielo y el infierno, la tierra y los elementos mas furiosos.

Nada es, pues, mas interesante para que el hombre pueda graduar aproximadamente el límite de su poderio, como el examen de uno de los fenómenos de la naturaleza, de que el Omnipotente ha salpicado, por decirlo así, todos los ámbitos de la tierra, á fin de que el europeo y el americano, el africano y el asiático, depongan su insensato orgullo y adoren al Ser de cuya mano pende el universo.

No llama nuestra atención en este momento el soberbio espectáculo que ofrecen el Etna, el Vesubio, el Hecla, ni otros volcanes de la Europa, ni los que coronan la inmensa cordillera del Nuevo Mundo, donde tan espléndida y magnífica se muestra en todas sus cosas la naturaleza, ni los numerosos que ostentan en su seno el Africa y el Asia; tenemos fija nuestra consideración en uno de los menos renombrados en el mundo, pero que no por eso deja de ser digna de atención y de examen.

En el centro de una laguna considerable, que medirá veinte leguas de hogo, enclavada en la provincia de Batangas, y como á unas veinte leguas distante de Manila, se alza magestuosa é imponente una isla, que, estendiéndose de E. á O., encierra en su corto radio de cuatro leguas de circunferencia el fenómeno que vamos á tratar de describir.

En la parte occidental se levanta á guisa de atalaya un monte cónico, llamado por los naturales *Binintiang Malakuf*, que ha sido volcan en otro tiempo y hoy se halla invadido por amenísimas florestas y por multitud de animales, tanto domésticos como salvajes, que acuden á saborear sus abundantes y sustanciosos pastos. En su base se descubre un angosto y reducido valle sujeto hoy á tributo por el industrioso labrador.

La parte oriental de la isla está ocupada por la colina en forma de cono truncado, que abraza en sus tremebundas entrañas el volcan. El aspecto de esta colina es triste y desolado, y produce en el ánimo una impresión desagradable, como la que habrán experimentado los que, viajando por el Istmo de Suez, han visto algunos islotes del golfo arábigo, las montañas que circundan á Aden ó las que tienen su asiento en el desierto. Como aquellas, este cerro es árido, descarnado y como recién abrasado por un incendio, dividiéndose tan solo una ancha faja de raquítica vegetación que ciñe su base, alimentada por las aguas de la laguna, antes salobres y aun saladas y hoy tolerablemente potables. Los flancos de la colina están estriados por profundos é irregulares surcos, efecto sin duda de las corrientes de lava despedidas por el volcan en las épocas de su mayor actividad, viéndose trepar con trabajo por el fondo de las estrias algu-

nas matas de verdor. Toda la colina, desde la cima hasta la base, está cubierta de piritas ferruginosas y sulfúreas, piedras calcinadas y escorias inconsistentes, que hacen áspera y difícil la subida, la cual se suele verificar por la parte Sur donde el labio del cráter está bastante deprimido y el camino menos escarpado, tardándose no obstante en la ascension, media hora á un paso regular.

Al llegar á la cumbre, que es el borde del gran cráter, se tiende la vista asombrada por aquella inmensa boca de tres millas de periferia, y es imposible formarse una idea de lo imponente y aterrador del espectáculo á no haberlo visto alguna vez. La imaginación impresionada y escitada por el grandioso cuadro que vé desarrollado ante los ojos, procura calcular la enorme cantidad de materias subterráneas que saldrían por aquel espantoso boqueron, capaz de sepultar bajo su incommensurable pesadumbre las mas vastas poblaciones, trata de formarse una idea aproximada de las tremendas oscilaciones que conmovieran aquellos mismos sitios en que ahora se sitúa tan tranquilo el viajero: de los torrentes de lava hirviente que surcarían los costados de la colina y del infierno horroroso de fuego, cenizas y humo que se extenderían por el espacio, como una blasfemia execrable lanzada por la boca de Satán, pero ¡cuánta diferencia de esta pálida imagen á la realidad! Aun ahora que está el volcan casi apagado y despojado por consiguiente de sus atributos mas terribles, infunde pavor ver las gigantescas proporciones de este colosal esqueleto, que de un momento á otro puede acaso animarse, revivir y lanzar otra vez sobre las comarcas adyacentes el horror y el esterminio.

Si apartamos la vista de aquel cuadro sombrío y la fijamos en el panorama que desde aquella altura se descubre, se admira el notable contraste que forma la esterilidad y aspecto desastroso de este cerro con el paisaje encantador de aquellos contornos. Por todas partes llanos, montes y colinas cubiertos de continua verdura y cultivados en gran parte; en el fondo, cual tímida doncella, besando los pies de su tirano, una laguna límpida y trasparente, poblada de abundantes y delicados peces: por todos lados la animación y la vida, y solo en el centro de este cuadro la imagen de la desolación y de la muerte.

Las paredes interiores del gran cráter están acantiladas excepto una movediza rambla situada á la derecha y á corta distancia que es por donde se baja con trabajo y medio suspendido con maromas á una gran plataforma que dista del borde superior del cráter como unos 600 pies. En el centro de esta plataforma se descubren cuatro hornillos ó pequeños cráteres que echan humo, uno constantemente en mayor ó menor cantidad, y los otros á intervalos mas ó menos grandes, exhalando á veces las mismas paredes acá y acullá fugitivos penachos de blanco humo, á semejanza del vapor que se escapa por los costados de un buque impulsado por este agente. Al oriente de dichos hornillos se estiende una pequeña laguna que corre hácia el Norte circundándolos, formada al parecer de las lluvias que penetran por la boca del gran cráter, y su fondo de azufre la hace aparecer desde arriba de un color subido de esmeralda. Hace pocos años se veía hervir á borbollones esta lagunilla, y tomando una botella de su agua, aseguran que se evaporaba al momento. Ahora no sucede esto, y el agua conserva una temperatura casi natural, aunque tiene la propiedad de ennegrecer instantáneamente la plata, como lo hemos probado sumergiendo en ella un peso duro. Se ha intentado varias veces el aproximarse á la boca de los mencionados hornillos; pero no ha podido realizarse este propósito por falta de consistencia en la superficie que los circuye, hundiéndose los pies cada vez mas cuanto mas quiere acercarse el curioso y sobre todo por estar abrasando aquellos contornos.

Debemos advertir, que la altura señalada á los muros interiores del gran cráter, así como la existencia de la rambla por donde se desciende al fondo, son eventuales, pues los terremotos suelen variarlos, como de hecho los han variado con frecuencia. Los naturales del pueblo de Taal, que han tenido ocasiones de examinar el volcan repetidas veces, afirman, que no hace mucho tiempo el borde del cráter era doble mas elevado de lo que es ahora, y aun nosotros mismos hemos notado alguna diferencia en las dos veces que, con intervalo de un año, hemos tenido el placer de visitarlo. También la lagunilla interior varía, como se comprenderá fácilmente, ya respecto á la cantidad y estension de

sus aguas, ya respecto al color que las modifica. En el segundo de nuestros viajes la vimos con menos caudal de agua que en el primero y esta aparecía turbia y blanquecina en el centro, ciñéndola en derredor un ancho cinturón de azufre brillante y deslumbrador como el oro mas puro, pero el estado normal es el que dejamos consignado mas arriba.

Incalculables deben ser las riquezas minerales que encierra esta colina, y sentimos no ser peritos en la materia para hacer una descripción científica de ellas. Solo haremos notar que los naturales de la provincia de Batangas extraían en el siglo pasado cantidades considerables de azufre que les reportaban muy buenas ganancias, y que el ilustrado naturalista y farmacéutico español, Sr. Lopez, despues de examinar concienzudamente y con el auxilio de muchos operarios que pagó al efecto, toda la isla, ofreció al Gobierno de S. M., á su regreso á España, la cantidad de 50,000 pesos duros por la explotación de la referida isla en un número determinado de años. Tenemos entendido que uno de los principales artículos que pensaba explotar era el vitriolo. Ignoramos si la muerte del referido señor ó otras dificultades fueron la causa de no llevarse á efecto esta especulación; pero, de cualquier manera que sea, creemos que estos antecedentes debieran animar á algun empresario á explotar y beneficiar estos lugares, que acaso cobijan entre sus horrores la fortuna de cien familias.

H.

IMPERIO ANNAMITA.

Correspondencias diversas y noticias particulares que hemos recibido de Cochinchina, nos ponen en el caso de poder informar á nuestros lectores de que las fuerzas franco-españolas han recogido nuevos laureles en los últimos importantes hechos de guerra é interesantes operaciones que han tenido lugar en aquel imperio, y sobre los cuales es posible nos suministre la *Gaceta* los detalles que á nosotros forzosamente han de faltarnos en este como en otros casos análogos anteriores; pues á pesar de estar bien reseñados, nuestro buen deseo de contribuir á que no queden sumergidos en las tinieblas acciones de tanto brillo como las que constantemente se llevan á cabo por nuestro Ejército, no puede nunca dar resultados tan completos ni tan autorizados como las palabras oficiales.

Impulsados del patriótico entusiasmo que nos han inspirado dos centenares de soldados españoles, rivalizando infatigables muchos de ellos hace mas de tres años con todas las armas é institutos del Ejército y Marina de la Francia, escribiendo á todo elogio, aprovechando la menor ocasión propicia de levantar aun algo mas su tan levantada fama, y realizando milagros de inteligencia y valor para conseguirlo, desde el mas humilde (que no hay oscuro) soldado hasta su digno Jefe, orgullosos nosotros de que así muchos como pocos, nuestros militares de ahora perpetúen en todas partes la gloria de nuestros guerreros de siempre, hemos consignado desde el principio de la campaña de Cochinchina, primero en la *Gaceta Militar*, y últimamente en el *Mundo*, la mayor parte de los combates que ha librado en aquellos mortíferos climas la luz contra las tinieblas, la civilización contra la barbarie.

Y esto lo hemos hecho por lo general, y salvo casos muy dados, sin estralimitarnos á juzgar la cosa pública, y sin hacer apreciaciones políticas que hubieran sido por lo menos altamente inoportunas y faltas de necesarios datos; espuestas por lo tanto á los mas crasos errores, cometidos á veces con la mas patriótica intención, por los que se entrometen á juzgar tales cuestiones sin las nociones de cuanto debiera formar su criterio.

Nos hemos contentado con el papel mas modesto de cronistas, aspirando solo á que mañana el historiador que en España necesite buscar datos y no pueda penetrar en los archivos oficiales (cuyo polvo por otra parte suele alimentarse de sus manuscritos, como la yerba de los cementerios se nutre de los cadáveres) llegue á encontrar en nuestro periódico algo que guie su imaginación; pueda leer, por ejemplo, las palabras Ki-Hoa, Clochetons y otras muchas, que le obliguen á apreciar y consignar glorias muy merecidas del Ejército español en general y del de las Islas Filipinas en particular; palabras que le digan que en el primero de estos dos mencionados hechos la tercera parte de nuestros valien-

tes y su Jefe el Coronel Palanca á su cabeza regaron con su sangre el campo de batalla, señalando con ella el camino del honor militar y de la victoria; que en el segundo la palabra *Clochetons* es sinónimo de *salvación* para españoles y franceses en Cochinchina; palabras, en fin, que le den mil interesantes noticias que no encontrará publicadas de otro modo ni por nadie en España, aunque motivos tan fútiles y hasta pueriles están ocupando muy á menudo la prensa del periodismo, para satisfacción de toda clase de vanidades, sin dejar espacio siquiera para insertar los nombres de los militares españoles que ensalza la prensa de las naciones extranjeras.

Justo nos parece por consiguiente referir, por si otros no lo refieren, que en las operaciones que han tenido lugar del lado del cabo de Baria y en la expedición que se ha internado mas hasta ahora en Cochinchina, nuestro cuerpo expedicionario ha formado con brillantez en la columna de vanguardia de las tropas franco-españolas, confiada al Coronel Palanca, el cual ha correspondido dignamente á su buena fama, á tanta costa adquirida, mereciendo los mayores elogios del Almirante por la acertada manera de desempeñar su delicada misión, tanto en los combates que tuvieron lugar el 19 de enero próximo pasado y 23 del mismo, como en cuanto atañe á las rápidas y estratégicas marchas verificadas durante muchos dias por un país enteramente desconocido, rechazando siempre un enemigo muy superior en número, que se bate en su territorio, y que cuenta con elementos de defensa, tales como los que en todo país, y sobre todo en los intertropicales sin civilizar, presentan los bosques vírgenes, los ríos de profundo y caprichoso curso, las montañas escarpadas, los pantanos, y la falta absoluta de verdaderos puentes y caminos, que obliga á cada paso á echar mano de todos los recursos de la imaginación y del arte militar para proveer inmediatamente en cada caso lo mejor y lo mas pronto, para facilitar sin interrupción los movimientos de la vanguardia y de las columnas que la siguen con artillería, repuestos de municiones, bagajes, viveres y ambulancia.

En el cuerpo español ha habido que lamentar ocho heridos, de los cuales á uno le han amputado el brazo derecho: tres lo fueron en las operaciones preparatorias, hallándose 30 soldados españoles á las órdenes del Capitan don José Rodríguez, y los otros cinco en el combate del 19 de enero, donde nuestra fuerza estaba mandada por el Comandante graduado D. Ignacio Fernandez, y el total de la de ambas naciones aliadas que entró en fuego por el Coronel Palanca, el cual se libró milagrosamente de otra segunda herida que hubiera sido terrible, pues una bala de falcónete le deshizo parte de la silla del caballo.

El soldado á quien tuvieron que cortar en seguida el brazo era de la quinta compañía del regimiento núm. 3: se llama Laureano Lauleta, y es natural del pueblo de Narvacan, provincia de Vigau en Filipinas; es la segunda vez que ha vertido su sangre en Cochinchina por el honor de su bandera, pues tambien en las reñidas jornadas de Ki-Hoa recibió otro balazo, y en premio de su bizarro comportamiento disfrutaba ya la cruz pensionada de María Isabel Lui-a. Escusado es decir que nuestra augusta y piadosa Reina, tan amante de los buenos soldados, no escaseará su poderosa protección á este valiente inválido.

El 1.º de febrero llegó á Saigong el batallón de turcos, tan largamente esperado. Segun el juicio que á uno de nuestros corresponsales ha merecido á primera vista aquella tropa, parece ser que consta de un excelente personal; el tipo de la mayor parte de los tales turcos es ni mas ni menos que el de la generalidad de los soldados de la península ibérica, cuando el soldado ha atezado sus rostros despues de una marcha ó de algunos dias de operaciones, debiendo tenerse en cuenta que los turcos llevaban algunos meses de navegación; en una palabra, dice, traen involuntariamente á la memoria las palabras *morito manchego*; el primer dia de su descenso á tierra tuvieron un poco de rienda suelta, pero pronto entraron en caja por si mismos; en general son afables y subordinados. Sometidos á nuestra disciplina y sistema militar, no se diferenciarían gran cosa de nuestros soldados meridionales; casi todos saben algunas palabras en español, y no falta entre ellos quien le habla correctamente. Entre ellos y nuestros soldados se han establecido desde el primer dia amistosas relaciones; de manera que se ven con frecuencia juntos á unos y otros de paseo, visitándose en los

respectivos campamentos, y demostrando una armonía tal, que parece han estado largos años de compañeros de armas.

En la noche del 4 de febrero los Oficiales de los turcos y los del batallón de cazadores núm. 2 se ofrecieron un té militar, sencilla y elegantemente dispuesto, en el campo llamado de los Leirados; los turcos solemnizando su llegada, y los cazadores su partida, que tuvo lugar para Francia el 7 del mismo. El Coronel Palanca y todos nuestros Oficiales fueron invitados.

Tambien se celebró el dia 3 una misa por las almas de los cazadores del batallón muertos en Cochinchina: en un año han perecido 75 en un total de 600; lo que arroja un regular tanto por ciento, sobre todo si se tiene en cuenta que en dicha cifra no se hallan comprendidos los muchos individuos que han sido enviados por enfermos á Europa, y han muerto en el camino.

¡Unamos nuestras preces á las de aquel tan meritorio cuerpo expedicionario, por cuantos han sufrido semejante suerte!

Parece indudable que en el Tonquin la rebelión contra el Emperador Húe hace grandes progresos, y que algunas provincias han sacudido por completo su yugo; es de temer sin embargo, que si el Emperador puede disponer de un número algo considerable de soldados regulares, abogue por una vez mas este movimiento, lo cual seria un terrible golpe para el cristianismo en Cochinchina, que tan aciaga época está atravesando, pues horroriza la cifra de mas de 800 víctimas quemadas vivas en muy poco tiempo.

Tales catástrofes solo podrian castigarse y evitarse con el ataque de Húe, que, en el sentir de nuestro corresponsal, está dentro de los límites de lo posible, con medios muy inferiores á los que juzga la generalidad. Mucho nos alegraríamos que en la época oportuna intentasen las fuerzas franco-españolas este último esfuerzo, despues del cual, si coronaba la victoria como es probable sus intentos, se devolvería la tranquilidad á algunos millones de habitantes dignos de mejor suerte, que entrarían á participar de las ventajas de nuestra religion y por consecuencia de la civilización que ella produce, y que redundaría, no solo en beneficio del pueblo annamita, sino de todos los que con él se pusieran en contacto por medio del comercio, que se desarrollaría en seguida para mútua ventaja de unos y otros.

A la salida del correo (16 de febrero) se presentaban algunos casos de cólera en las tropas por consecuencia de las últimas operaciones. Un soldado español habia muerto en pocas horas de un ataque fulminante y ochó ó nueve franceses.

S.

LA ESPIACION.

Suena el lúgubre tambor
Como un recuerdo que llora;
La aguda campana implora
La clemencia del Señor;
El pueblo murmurador
Ruge cual ronca pantera;
Y envuelto en saya severa
El criminal con pié falso
Sube al terrible cadalso
Una tras otra escalera.

Llega; sé para... y suspira...
Dirige la vista al frente
Y vé al dogal inclemente
Que lo llama... y que lo mira;
Vé al sacerdote que gira
Pidiendo que en bien sucumba,
Oye como el pueblo zumba,
Y allá en la mansion sagrada
Mira moverse la azada
Que está cavando su tumba.

De pronto su pensamiento
Vibra recuerdo olvidado,
Y de Dios y del tablado
Se aparta con desaliento;
Terrible por un momento
El dolor mata su fé;
Pues lejos... muy lejos vé

La montaña azul... la aldea...
Y su casa que blanquea
De la Santa Iglesia al pié.

Y vé al tristísimo hogar
Que espanto y dolor respira;
Vé á su esposa que suspira
Y oye á su madre llorar;
Escucha balbucear
Al hijo su nombre odiado,
Y oye al mundo desalmado
Repetir con voz sonora...
¡Ese huérfano que llora
Es hijo de ajusticiado...!

Calmando al fin su ansiedad
Vuelve á la vida y advierte
Que el palo le dice... ¡muerte...!
Y la cruz... ¡eternidad...!
Lleno de dulce humildad
Se arrodilla con fervor,
Y en un éstasis de amor
Levantando el crucifijo,
Pone entre el dogal y el hijo
Los brazos del Redentor.

Ya todo lo vé desierto;
Muere su esperanza ciega;
El verdugo al palo llega;
La campana toca á muerto;
Pasando con paso cierto.
Vá un instante... y otro instante:
El los cuenta, y anhelante
A cada instante que pasa,
¡Vé la vida mas escasa...
Y la muerte mas delante...!

Por fin agitado aspira
El último soplo leve;
Cruge el tablado... la plebe
No quiere mirar... ¡y mira!
El sangriento dogal gira;
¡Perdon! murmura ¡perdon!
Y en la postrer convulsion
La muerte con brazo rey,
Entrega el cuerpo á la ley
Y el alma á la religion.

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

MR. URBAN RATAZZI.

Publicamos en este número el retrato del caballero Urban Ratazzi, nuevo Presidente del Consejo de Ministros en Turin.

La juventud y dulzura que campean en sus facciones no parecen á primera vista prendas que debieran haberle franqueado espontáneamente el paso para el complicado cargo que hoy está llamado á ejercer.

Pero esa juventud se halla enriquecida por un estudio incesante y admirablemente aprovechado, y esa dulzura en nada perjudica á la firmeza de carácter demostrada en todos los actos de su vida política, ya combatiendo en el Parlamento al frente de la oposicion, ya sabiéndose adquirir en el foro la celebridad de ser el mas ilustrado jurisconsulto de Italia.

Designale la opinion pública como el digno heredero de M. Cavour, y la popularidad que disfruta es de creer le servirá seguramente de poderosa palanca para remover áridas dificultades que se opondrán tal vez al feliz desempeño de su delicada misión.

LOS CAZADORES DE BISONTES.

CAPITULO XVII.

Cacería á la vigoña.

(Continuación.)

Llegué muy pronto á la cabaña que el cazador habia construido, y á pesar de la prisa con que habia caminado,

no le hallé en su casa: le esperé y le vi volver muy pronto, trayendo en cada mano una sarta de cuadrúpedos muertos. Eran algunos chinchillas y vizcachas que habían cogido con lazo la noche precedente. Me aseguró que todos aquellos animales vivían hacia pocas horas, porque solo al amanecer salen de sus madrigueras para ir á buscar su vida.

Estas dos especies de roedores, que con poca diferencia se parecen á nuestros conejos de Europa por la forma y la piel, tienen también costumbres idénticas. Buscan su refugio contra el peligro en medio de las hendiduras de los peñascos, como los conejos en sus escavaciones. Se hace naturalmente su caza, con el auxilio de los mismos instrumentos que los cazadores emplean en Europa: ya por medio de lazos tendidos á su paso ó á la boca de su madriguera, ya poniendo cepillos de red sobre los mismos agujeros. La sola diferencia que existe entre los cazadores peruanos y los de Europa, es que los primeros se valen de lazos hechos de la crin del caballo, mientras que los otros se valen de hilos de alambre. El chinchilla es mas hermoso que el vizcacha, y los manguiteros aprecian en el mas alto grado su piel, suave al tacto y de un gris parecido al mármol, una de las que se venden mejor y particularmente célebre entre los dandys de las ciudades europeas.

El cazador mi amigo volvía de su escursión, y se proponía desollar los cuadrúpedos que había traído. Estaba rodeado de una docena de perros-raposos, originarios del país, si no me equivoco.

No tardé mucho tiempo en apercibirme que estos horribles cerveros de una sola cabeza, tenían contra mi disposiciones muy hostiles. Apenas me hubieron sentido ladraron con mas rabia y se lanzaron gruñendo al pretal de mi caballo. Dos de ellos fueron tan audaces, que me saltaron encima; me hubieran hecho presa en las pantorrillas, si no hubiese replegado mis piernas á la altura de la silla, y mantenerlas algun tiempo en esta posición. Estoy persuadido que si hubiera estado á pié, los malditos perros me habrían devorado. Lo cierto es, que de toda la raza canina, la mas mala y peligrosa es la de las montañas del Perú. Estos infieles se tragarían á los amigos de sus amos, y estos mismos no pueden hacer carrera de ellos sino castigándolos cruelmente. Todo me inclinaba á creer que los perros que se encuentran entre las tribus de los Indios de la América del Norte, tienen las costumbres casi semejantes, pero no creo que sean mas malos que sus indomables parientes de los desiertos del Puna.

Estos animales tienen ordinariamente por amos á los indios, y es un hecho digno de notar, que son mas hostiles á los blancos que á los hombres de color. Nada hay mas difícil para un rostro pálido que formar amistad con uno de estos perros esquivos.

Después de muchas amenazas acompañadas de palos y latigazos, mi amigo el cazador hizo comprender á su jauría que yo no había venido allí para hacerme devorar. Me apeé entonces de mi caballo y entré, ó mas bien me deslicé furtivamente en el interior de la cabaña.

Os lo he dicho ya amigos míos, esta habitación no era mas que un centro salvaje, compuesto de una pared hecha de barro y pedernal, de casi cinco piés de altura, sobre el que estaban colocados largos troncos que servían de vigas.

Estos procedían de tallos verdes del aloes americano ó *maguey* (*agave americana*), la sola sustancia leñosa que nacía en aquellos parajes. Estos palos unidos los unos á los otros, estaban cubiertos con una fuerte capa de grama del Puna, del cual cada brazado se hallaba amarrado con cuerdas hechas con esta misma planta; de esta manera las borrascas y los vientos tan frecuentes en esta comarca de los Andes, no podían destruir esta construcción. En el centro de la caba-



Vista del desfiladero y vado de Río-frio en el camino de Veracruz á Méjico.

ña, algunas gruesas piedras marcaban el sitio del hogar. El humo salía por la parte superior de esta cabaña á través de un agujero abierto para este uso sobre uno de los costados del techo.

El propietario de esta cabaña era un indio de pura raza, originario de una de aquellas tribus de las montañas donde no pudo penetrar jamás la dominación española. Cierta número de nómadas de esta raza, refugiados en algunas lejanas comarcas, no habían querido someterse á los repartimientos; y sin embargo, los misioneros habían conseguido atraerlos á la fé cristiana. Esto es lo que hacía dar á estos Piel-rojas medio civilizados el nombre de indios mansos, mientras los que permanecían en el estado salvaje, y que, aun en nuestros días, no reconocen ningún poder supremo, son llamados indios bravos.

Como veis, amigos míos, llegué á tiempo para tomar parte en la cacería de mi nuevo amigo: me recibió con cordialidad y me animó á participar de su desayuno, que él mismo en su condición de celibato hizo cocer, y que se componía de maíz amasado y de macas, servido todo en un plato de estaño alrededor de un chinchilla asado.

Afortunadamente para mí, había llevado un frasco lleno hasta la boca de aguardiente de Cataluña, y gracias á una fuente de agua fresca que corría á poca distancia de allí, pude hacer llegar á mi estómago este desayuno poco libanítico. Tenía también conmigo tabaco muy seco y papel para fumar, con lo cual pude hacerle á mi gusto, mientras que mi indio, preparó un poco de coca, especie de té peruano muy usado y empleado así por los habitantes. El cazador de vigoñas llevaba siempre consigo un saquillo de hojas de coca secas en su tiempo; de su cuello llevaba pendiente un frasco que contenía un licor sacado de las cenizas del árbol llamado Mallé (1).

(1) Arbol venenoso del Perú.

Terminados una vez nuestros preparativos, salimos para la cacería. A fin de lograr nuestro intento, debíamos observar el mas profundo silencio. Por eso atamos sólidamente nuestros caballos á unas estacas cerca de la cabaña. El indiano encerró los perros á escepcion de uno solo, un fiel y dócil podenco, y apresuramos nuestro paso hacia la parte Norte.

Al estremo de la llanura entramos en una garganta de la cadena de montañas, que nos condujo por cima de unos peñascales, en el fondo de los que había un torrente. El agua, de intervalo en intervalo, flanqueaba un obstáculo y volvía á caer formando espuma en forma de cascada. La vereda por la que nosotros nos íbamos internando era muy estrecha y teníamos que tener mucho cuidado á fin de que nuestros piés no resbolasen sobre una espesa capa de nieve que cubría el peñasco. Teníamos intención de subir, si era posible, sobre una llanura mas elevada, donde, según la opinión de mi guía, una manada de vigoñas pacían tranquilamente en medio de una aislada pradería.

Encima de mí se oyó un ruido mientras subíamos, y yo levanté los ojos maquinalmente. Examiné con atención cuál era la causa de este ruido, y distinguí á 30 metros de nosotros, sobre el peñasco de enfrente, una me-

dia docena de animales de gran talla, de un color pardo oscuro, que á primera vista creí fuesen ciervos. Pocos instantes me bastaron para convencerme de mi error. No eran ciervos, sino animales de piés tan ligeros como ellos. Saltaban de roca en roca, atravesando las estrechas quebraduras, como lo hace un camello por cima de los precipicios de los Alpes.

—Deben ser vigoñas, dije á mi compañero.

—No, respondió él: son guanques y nada mas.

Esprese mi deseo de ensayar mi destreza con uno de ellos.

—No os movais, añadió el cazador, que había adivinado mi intención: el estrépito de vuestra escopeta espantaría las vigoñas, si, como lo creo, están en la planicie que se halla muy cerca de aquí. Sé donde volver á encontrar estos guanques: en un desfiladero circunvecino; les haremos una visita á nuestro regreso.

Retuve, pues, mi índice, dispuesto á tocar al gatillo de mi escopeta, aunque los guanques estaban á tiro; pero no quería impedir á mi indio hacer una cacería mas útil á sus intereses, la de las vigoñas, y continuamos nuestro camino. Seguí con mi vista los guanques, que desaparecieron por fin en una oscura garganta entre dos mamelones de los Andes.

—Los volveremos á hallar allí abajo, me dijo mi compañero al oído, porque allí es su domicilio habitual.

(Se continuará.)

Por todo lo no firmado, el Secretario, F. MEDINA-VEYtia.

Director y propietario, D. M. PEREZ DE CASTRO.

Editor responsable, D. Jacinto Rodríguez.

MADRID: 1862.—Imp. y Lit. del ATLAS, á cargo de J. Rodríguez, calle de San Bernardino, núm. 7.